

POR UNA ÉTICA RAZONABLE

VICTORIA CAMPS: *La voluntad de vivir*, Barcelona, Ariel, 2005.

La aportación de Victoria Camps en su último libro *La voluntad de vivir*, merece todos los parabienes por parte de los que nos ocupamos de formular o esbozar una ética laica dialogante que se preste a la discusión e intercambio de ideas, guiados por ese sentido común tan infrecuente como deseable.

Como mujer, la obra de Victoria Camps me enorgullece particularmente porque muestra la fuerza y la lucidez de un discurso que sólo es posible cuando se conjugan los ideales de las éticas de la justicia con las de la ética del cuidado propios de la tradición masculina y femenina de la ética. Posicionamientos como los de Martha Nussbaum o los de Victoria Camps muestran que las mujeres, a consecuencia de un proceso de socialización traumático, han sabido ganarse a pulso su puesto en la Academia y, más aún, hacen ostensible que se han empapado de la sabiduría que permite la comprensión de los seres humanos, sus necesidades, sus miedos, sus anhelos, hasta extremos que raramente habían alcanzado los varones filósofos.

Lo que impresiona más favorablemente de *La voluntad de vivir* es que siendo aparentemente una obra dedicada a una rama de la ética aplicada, rebasa las previstas argumentaciones al uso sobre los diferentes puntos de vista acerca de las relaciones médico paciente, políticas sanitarias o los usos de la tecnología en la mejora de la salud, para convertirse en un texto de filosofía moral y política *fundamentante* que llega al corazón de las preocupaciones éticas y se convierte en una reflexión filosófica que apuesta por el esfuerzo de delimitar un ámbito en que libres de prejuicios, en la

medida de lo posible, alcancemos verdades compartidas como seres humanos que somos con unas capacidades y un sentido común así mismo compartidos.

Propiciar una ética del sentido común, o, lo que es igual, una ética razonable, no es tarea baladí ni sencilla, sino que, por el contrario se me antoja que es la tarea más ardua en Filosofía. Desafortunadamente la razonabilidad y el sentido común (el menos común de todos los sentidos) escasean y los seres humanos se dejan fácilmente seducir por posicionamientos extremos que no hacen justicia a la complejidad de los temas éticos. Por otra parte, y como contraste igualmente frecuente, no es raro que filósofos o no filósofos deserten de su tarea civilizadora y progresista y declaren el «todo vale» de perniciosas consecuencias a la hora de velar por la defensa de los derechos y capacidades humanas.

Una ética razonable como la que Camps nos propone está llena de matices y reflexiones, muy delicados, muy pensados, muy contrastados. No basta, por ejemplo, con proclamar la libertad de los individuos como se viene haciendo de una forma totalmente extrema en la actualidad (Véase el caso de Nozick y su peculiar «anarquismo» insolidario). Como Camps propone, a mi entender con total acierto, la libertad tiene que compaginarse con la beneficencia y la justicia (tres valores básicos reconocidos como fundamento de la Bioética). A su vez, como Camps propone la justicia tiene que hacer lugar para el cuidado, así como la ética de los derechos ha de hacer lugar para la ética de las virtudes o la excelencia.

En más de un sentido el posicionamiento de Victoria Camps me recuerda al de Mill o al de Ferrater Mora, autores que supieron combinar elementos dispersos de tendencias distintas para propiciar una

visión integradora de los valores y principios, siendo injustamente infravalorados por quienes piensan que el pensamiento tiene que ser más «atrevido», «original», «distinto» y no sacrifican las singularidades en aras de los puntos de vista también estimables de los demás. La originalidad es preciosa, pero no al precio de fomentar la extravagancia intelectual. La tarea del filósofo integrador es aparentemente modesta pero proporciona frutos muy fecundos al ampliar nuestro horizonte y propiciar un acercamiento mayor a los demás.

Otra de las felices aportaciones de Victoria Camps es la de familiarizarnos con los problemas bioéticos y al mismo tiempo con las más destacadas corrientes del pensamiento político y moral, clásico y contemporáneo. La vida y la muerte son, a la postre, los grandes temas de la filosofía ya que de saber vivir y saber morir depende nuestro éxito o fracaso como seres humanos.

En la obra de Victoria Camps no solo es importante lo que de dice sino al tiempo cómo se dice. *La voluntad de vivir* muestra especialmente la voluntad de convivir renunciado a posturas extremistas o a propuestas no bien fundamentadas. Se busca sobre todo aquello que nos une: no hacer daño, cuidar o ser justos, por poner tres ejemplos. Todo ello a sabiendas de que no todos entendemos lo mismo por cada uno de los conceptos y que tenemos que dialogar largamente en un ámbito interprofesional, a fin de completar y refinar nuestra comprensión de los valores y principios y su aplicación práctica.

Como crítica tal vez sugeriría un mayor énfasis en la exigencia de la excelencia en nuestra vida personal, no sólo profesional. Es cierto que

resulta difícil diseñar el modelo de ciudadano o ciudadana excelentes. Pero hay una urgencia, o al menos así me lo parece, de potenciar a través del sistema educativo y las instituciones modelos de valores ilustrados, o de lo contrario no contaremos con un clima propicio para desarrollar nuestras capacidad y la vida resultará no sólo amoral o inmoral, sino insípida y falta de sus mayores atractivos .

En otras palabras, echo en falta en la obra de Victoria Camps una actitud como la milliana o la platónica que ven la tarea de atender a los demás como algo no sólo debido, sino en sí mismo sumamente gratificante. A su vez, tampoco me parece conveniente recurrir tan frecuentemente a la «dignidad» humana. Así la ablación del clítoris no es para mí tanto indigna y humillante, como hiriente y causante de dolor, atentando contra el disfrute del propio cuerpo. Pero en este asunto particular sé que me enfrento a la inmensa mayoría de los filósofos a los que invitaría a dialogar sobre qué cosas vulneran o dañan nuestra supuesta dignidad.

Por supuesto que si tener dignidad significa simplemente que cada uno ha de contar como uno y no más que uno, que cada ser humano es único valioso en cuanto humano, acepto de buena gana cobijar lo que postulo bajo el rótulo de la «dignidad».

En cualquier caso mis discrepancias con Victoria Camps son meramente conceptuales y también las propias de un talante distinto. Pero mi ambición insensata, lo sé, de mostrar «luz» a los que están oscuras no lleva, al menos eso espero, a un dogmatismo desaforado sino, por el contrario, a valorar muy favorablemente una aportación complementaria e imprescindible como lo es la tarea titánica de Vic-

toria Camps de escribir con *sentido* y *sensibilidad*, ateniéndose a las limitaciones humanas y haciendo que la tarea de la ética pueda resultar atractiva a todo el mundo, al acercar los proyectos éticos a las posibilidades reales de

cambio en las conductas y actitudes en cada tiempo y lugar.

Esperanza Guisán
Universidad de Santiago
de Compostela